

contento de sí mismo, se otorgaba un polvo de rapé, que era el lazo que le unía con la humanidad.

Fácilmente se comprende que Javert era el espanto de toda esa clase que la estadística anual del ministerio de la justicia designa bajo la denominación de *vagos*. El nombre de Javert pronunciado los ponía en fuga; el semblante de Javert, sólo con mostrarse, los petrificaba,

Tal era este hombre formidable.

Javert era como un ojo siempre fijo sobre el señor Magdalena; ojo lleno de sospechas y de conjeturas. El señor Magdalena había concluido por apercibirse de ello; pero le pareció que era una cosa insignificante para él. Ni siquiera le dirigió una pregunta alusiva á esto á Javert, á quien no buscaba él, pero á quien tampoco procuraba evitar; sufriendo siempre, sin que pareciese que prestaba la menor atención, aquella mirada incómoda é importuna. Trataba á Javert, como trataba á todo el mundo, con libertad y con bondad.

Por algunas palabras escapadas á Javert, se venía en conocimiento de que él había indagado secretamente, con esa curiosidad que es peculiar de la raza, y en la cual entra tanto instinto como voluntad, todas las huellas anteriores que el tío Magdalena hubiera podido dejar tras sí. Parecía saber y á veces lo decía con palabras encubiertas, que á alguien había recogido ciertos informes en ciertos pais, sobre cierta familia que había desaparecido. En una ocasión le avino el decir, hablando consigo mismo: — ¡Ya creo que le he atrapado! — En seguida permaneció tres días caviloso, y sin pronunciar ni una sola palabra. Parece que el hilo que creía tener agarrado se había roto.

Por lo demás, y este es el correctivo necesario contra lo que el sentido de ciertas palabras pudiera ofrecer de demasiado absoluto, nada puede haber verdaderamente infalible en una criatura humana; y es propio del instinto

precisamente el poder ser turbado, desconcertado y desorientado. Sin lo cual, sería él superior á la inteligencia, y la bestia se hallaría tener mejor luz que el hombre.

Evidentemente Javert estaba un tanto desconcertado por la completa naturalidad y la tranquilidad del señor Magdalena.

Un día, sin embargo, sus extraños ademanes parecieron hacer cierta impresión en el señor Magdalena. Hé aquí en qué ocasión.

## VI

## EL TIO FAUCHELEVENT

Pasaba un día el señor Magdalena por una calleja que no estaba empedrada, cuando hé aquí que oye ruido y ve á cierta distancia un grupo de gentes. Dirigióse allá en seguida. El suceso que atraía á la gente y ocasionaba el ruido era que un pobre viejo, llamado el tío Fauchelevent, acababa de caer bajo su carreta, cuyo caballo se había prostrado en tierra.

Era este Fauchelevent uno de los raros enemigos que aún quedaban en aquella época al señor Magdalena. Cuando este llegó por primera vez al pueblo, Fauchelevent, antiguo fiel-de-fechos y por lo tanto, algo letrado, tenía un comercio que empezaba ya á decaer mucho; y como Fauchelevent vió enriquecerse tan pronto á aquel simple obrero, mientras que él, que era amo, se arruinaba, se llenó de envidia y de rabia, en términos que no perdía nunca oca-

sion de dañar á Magdalena, en cuanto le era posible. Habiéndose declarado por fin en quiebra, viejo como era ya, aunque sin familia ninguna, no poseyendo otra cosa que aquella carreta y aquel caballo, se vió precisado á hacerse carretero para ganar su subsistencia.

Tenía el caballo rotas ambas piernas, y por consiguiente no podía moverse. El anciano estaba cogido por las ruedas. La caída había sido tan terrible, que la carreta gravitaba sobre su pecho, con la carga, bastante pesada, que llevaba encima. El pobre tío Fauchelevent exhalaba lamentables suspiros. Trataron de sacarle de aquella triste situación, pero todo había sido en vano hasta entónces. Un esfuerzo desordenado, un torpe auxilio, un sacudimiento en falso, podían acabar con aquel desdichado. Imposible era desprenderle de otro modo que levantando el carruaje por abajo. Javert, que acudió allí en el momento del accidente, había enviado en busca de una cabria.

En esto llegó el señor Magdalena. Todo el mundo se apartó con respeto.

— ¡Socorro! exclamaba el viejo paciente. ¿Quién será el buen alma que se compadezca del anciano y le salve?

El señor Magdalena se dirigió á los presentes y preguntó:

— ¿No habrá una cabria?

Han ido en busca de una, respondió un labrador.

— ¿Llegará pronto?

— Han ido al sitio más cerca, hácia Flachot, donde hay un albéitar; pero de todos modos, siempre tardará aún un cuarto de hora largo.

— ¡Un cuarto de hora! exclamó Magdalena.

El día ántes había llovido, el suelo estaba mojado, la carreta se hundía cada vez más en la tierra, y por instantes iba comprimiendo el pecho del pobre carretero. Era evidente que ántes de cinco minutos tendria rotas las costillas.

— Es imposible esperar un cuarto de hora, dijo Magdalena á los circunstantes que estaban allí mirando.

— ¡No habrá más remedio! repuso uno de ellos.

— ¡Pero ya no será tiempo! ¿No están ustedes viendo que la carreta se hunde?

— ¡Es claro!

— Escuchen ustedes, añadió Magdalena, todavía hay bastante espacio bajo la carreta para que un hombre se introduzca y la levante en peso sobre sus espaldas. Con medio minuto basta, y se sacará á este pobre hombre. ¡Vamos! ¿Hay alguno que tenga riñones y corazón? ¡Cinco luises de oro se ganará!

Nadie se movió en el grupo.

— Diez luises, dijo Magdalena.

Los circunstantes bajaban los ojos. Uno de ellos murmuró: — ¡Ya sería menester tener fuerza como un diablo: y además, se arriesga el hacerse reventar!

— ¡Vamos! continuó Magdalena, ¡veinte luises!

El mismo silencio.

— No es la buena voluntad lo que les falta, dijo una voz.

El señor Magdalena se volvió, y reconoció á Javert, á quien no había visto al llegar.

Javert continuó:

— Es la fuerza. Sería preciso ser un hombre terrible para levantar sobre sus espaldas una carreta cargada como esa está.

Y después, mirando fijamente al señor Magdalena, prosiguió recalcando bien sobre cada una de las palabras que pronunciaba:

— Señor Magdalena, yo no he conocido nunca sino á un solo hombre capaz de hacer lo que usted pide.

Magdalena se estremeció.

Javert añadió, con cierto aire de indiferencia, pero sin apartar los ojos de Magdalena:

— Era un presidiario.

— ¡Ah! dijo Magdalena.

— Del presidio de Tolon.

Magdalena se puso pálido.

Entre tanto la carreta continuaba sumergiéndose poco á poco. El tío Fauchelevent daba como resoplidos y aullidos, gritando:

— ¡Que me ahogo! ¡Esto me rompe los huesos! ¡una cabría! algo que levante... ¡Ay!

Magdalena miró en derredor:

— ¿Conque no hay nadie que quiera ganar veinte luises y salvar la vida á este pobre anciano?

Ninguno de los circunstantes se movió. Javert volvió á decir:

— Yo no he conocido sino un solo hombre capaz de reemplazar una cabría, era el galeote.

— ¡Ah! ¡que esto me mata! gritó el viejo.

Magdalena levantó la cabeza, se encontró en seguida con la mirada de halcón de Javert, siempre fija en él, miró á los paisanos inmóviles, y se sonrió tristemente. En seguida, sin volver á decir una palabra más, se arrodilló, y ántes que la muchedumbre tuviese siquiera tiempo para lanzar un grito, se hallaba él ya bajo la carreta.

Hubo un momento horrible de ansiedad y de silencio.

Vióse á Magdalena de bruces, y casi arrastrando el vientre, bajo aquel enorme peso, probar en vano por dos veces el acercar sus codos á sus rodillas. Gritáronle: — ¡Tío Magdalena! ¡retírese usted de ahí! — Hasta el viejo Fauchelevent le decía: — ¡Señor Magdalena! ¡váyase usted! ¡Es que está de Dios que yo muera! ¿lo ve usted? ¡Déjeme usted morir! ¡Va usted á sufrir la misma suerte! — Magdalena no respondió.

Todos los presentes estaban temblando y como ja. Las ruedas habían continuado hundiéndose, y ya

imposible que Magdalena saliese de debajo de la carreta ; cuando hé aquí que de repente se vió aquella enorme masa vacilar, y levantarse la carreta lentamente, saliendo las ruedas, hasta la mitad, del atascadero. Entónces se oyó una voz ahogada que decía : — ¡ Daos prisa ! ¡ ayudad ! Era Magdalena que acababa de hacer un postrer esfuerzo.

Precipitáronse ellos. La heroica abnegacion de uno solo dió alientos y fuerzas á todos. Veinte brazos levantaron en un momento la carreta. El viejo Fauchelevant estaba salvado.

Magdalena se incorporó. Estaba descolorido, aunque chorreando sudor. Sus ropas se hallaban despedazadas y cubiertas de lodo. Todos lloraban ; y el viejo le besaba las rodillas y le llamaba mi Dios salvador. Él mostraba en su semblante no sé qué expresion de sufrimiento dichoso y celestial, y fijaba tranquilo su mirada en Javert, quien á su vez no cesaba un instante de mirarle.

## VII

## FAUCHELEVENT JARDINERO EN PARÍS

Fauchelevant se habia fracturado una rótula en su caída. El tío Magdalena le hizo transportar á una enfermería que él habia establecido para sus obreros en el mismo edificio de su fábrica, y quese hallaba servida por dos hermanas de la caridad. En la mañana siguiente, el anciano halló un billete de mil francos sobre su mesa de noche, con estas palabras escritas de la mano del tío Magdalena : *Le compro á usted su carreta y su caballo.* La carreta estaba toda hecha pedazos y el caballo muerto. Fauchelevant sanó, pero su rodilla sufría siempre de la anquilosis. El señor Magdalena, por las recomendaciones de las hermanas y de su cura, hizo colocar al pobre anciano como jardinero en un convento de religiosas del barrio de San Antonio, en Paris.

## LOS MISERABLES

Algun tiempo despues, fué cuando el señor Magdalena fué nombrado alcalde corregidor. La primera vez que Javert vó al señor Magdalena revestido con la banda que le daba la autoridad superior en la villa, experimentó esa especie de estremecimiento que experimentaria el perro que oliese al lobo bajo los vestidos de su amo. Desde este momento, le evitó cuanto pudo; y cuando las necesidades del servicio lo exigian imperiosamente, y que no podia ménos de hallarse frente al señor alcalde, le hablaba con profundo respeto.

Esta prosperidad creada en M. por el tío Magdalena tenía, además de los signos visibles que ya hemos indicado, otro síntoma que, por ser ménos visible, no era ménos significativo. Esta regla no falla jamas. Cuando el pueblo sufre, cuando el trabajo falta, cuando el comercio es nulo, el contribuyente resiste al impuesto por la penuria, agota y excede los plazos, y el Estado consume mucho dinero en gastos de ejecucion para operar las recaudaciones. Cuando el trabajo abunda; cuando el país es feliz y rico, las contribuciones se pagan fácilmente y cuestan poco al Estado; pudiendo decirse que la miseria y la riqueza públicas tienen un termómetro infalible: los gastos de recaudacion del impuesto. En siete años, los gastos de recaudacion del impuesto se habian reducido á la cuarta parte en el distrito de M., lo que hacía que M. Villèle, ministro de Hacienda en aquella época, citaba frecuentemente este distrito como modelo propuesto á todos los demas.

Tal era la situacion del país, cuando Fantina volvió á él. Nadiese acordaba ya de ella. Afortunadamente, la puerta de la fábrica del señor Magdalena era como un semblante amigo. Se presentó allí, fué admitida en el taller de las mujeres. El oficio era enteramente nuevo para Fantina, por lo cual no era muy diestra en él, no pudiendo sacar de su jornal sino muy poco; pero al fin esto la bastaba: el problema estaba resuelto, puesto que ganaba con qué vivir.

## VIII

MADAMA VICTURNIEN GASTA TREINTA FRANCO\$ PARA  
LA MORAL

Quando Fantina vió que vivia de aquella suerte, tuvo un momento de gozo. ¡Vivir honradamente con el producto de sus afanes, qué gracia del cielo! Pronto adquirió un verdadero gusto al trabajo. Compró un espejo, y se complacia en mirar en él su juventud, su hermoso pelo y su magnífica dentadura; olvidó muchas cosas, no pensó ya más que en su Coseta y en el porvenir posible, y fué casidichosa. Alquiló un cuartito y le amuebló á crédito sobre su trabajo futuro, lo cual era todavía un resabio de sus hábitos de desórden.

No pudiendo decir que era casada, se habia guardado muy bien, como lo hemos hecho entrever ya, de hablar de su niña.

En estos primeros tiempos, segun se ha visto, pagaba ella puntualmente á los Thénardier; y no sabiendo sino poner su firma, habíase visto obligada á escribirles por medio de un memorialista.

a escribir con bastante frecuencia, lo que no tardó en notarse. Empezaron á decir, por lo bajo, en el taller de las mujeres, que Fantina « escribía cartas » y que « andaba en ciertos pasos. »

Nadie es tan apto para espiar las acciones de los demas como aquellas personas á quienes nada importan tales acciones. — ¿ Por qué no viene nunca ese caballero sino al anochecer? ¿ por qué el señor fulano no cuelga jamas su llave en el clavo los juèves? ¿ por qué irá siempre por las calles transversales? ¿ por qué la señora baja siempre de su carretela ántes de llegar á casa? ¿ por qué enviará á comprar un pliego de papel de cartas, cuando tiene ella repleto de papel su escritorio? etc. Hay gentes que, con tal de poder descifrar enigmas, los cuales debieran ser para ellas de todo punto indiferentes, gastan más dinero, consumen más tiempo y se toman mayor trabajo que el que se necesitaria para diez buenas acciones; y lo hacen gratuitamente, por mero placer, sin ser pagadas de la curiosidad sino por la curiosidad misma. Serán capaces de seguir á este ó á aquella dias enteros, de hacer centinela horas y horas en las esquinas, en los pasadizos y avenidas, de noche, en tiempo frio y lluvioso; de corromper á los criados, embriagar á los cocheros y lacayos, comprar la revelacion de una doncella camarera ó hacer la adquisicion de un portero. ¿ Y todo esto para qué? Para nada. Por puro afan de ver, de saber, y de indagar. Por puro comezon de charlar despues. Y de ordinario estos secretos conocidos, estos misterios publicados, estos enigmas decifrados á la clara luz del dia, suelen acarrear catástrofes, duelos, quiebras, familias arruinadas, existencias quebrantadas, con gran placer de los que « lo han descubierto todo, » sin interes, y por puro instinto. ¡ Cosa triste en verdad!

Ciertas personasson malas únicamente por necesidad de hablar. Su conversacion, tertulia en la sala, charla en la an-

tesala, es como esas chimeneas que consumen la leña de prisa: que necesitan mucho combustible: y el combustible es el prójimo.

Observaron pues á Fantina.

Como quiera que sus blondos cabellos y sus dientes blancos daban envidia á más de cuatro obreras.

Se averiguó que en el taller, en medio de las otras, solia apartarse á un lado con frecuencia para limpiarse una lágrima. Eran los momentos en que ella pensaba en su niña; quizas tambien en el hombre á quien habia amado.

Dolorosa tarea es el rompimiento de los lazos sombríos del tiempo pasado.

Súpose que escribia, dos veces al mes por lo ménos, siempre con la misma direccion, y que franqueaba la carta. Hasta lograron procurarse las señas de esta direccion, ó el sobrescrito de sus cartas, que decia así: *Al señor Thénardier, mesonero en Montfermeil.* Hicieron charlar en la taberna al memorialista, un desdichado viejo que no podia llenar su estómago de vino tinto sin que vaciara el bolsillo de los secretos. En una palabra, se supo que Fantina tenia un hijo: que por consiguiente, « debia ser una especie de mujerzuela. » Todavía se halló una comadre que hizo el viaje de Montfermeil, habló á los Thénardier, y dijo á su vuelta: — Por mis treinta y cinco francos, he salido al fin de dudas. ¡ He visto á la niña!

La comadre que hizo esto era una gorgona llamada madama Victurnien, guarda y portera de la virtud de todo el mundo. Madama Victurnien tenia cincuenta y seis años, y forraba la máscara de su vejez con la máscara de su fealdad. Voz temblorosa, entendimiento obtuso y torcido. Aunque parezca extraño, créese sin embargo que aquella vieja habia sido jóven alguna vez. En su juventud, allá por los años de 1793, se habia casado con un fraile escapado del claustro con gorro frigio y pasado de los Bernardinos á los

Jacobinos. Era seca, ruda, áspera, arisca, espinosa, casi venenosa; sin que por eso borrara ella de la memoria á su fraile, de quien era viuda, y quien la había domado y domesticado bastante. Parecía una ortiga donde se distinguía el roce de la capucha. En tiempo de la Restauracion, se había hecho beata, y con tal energía, que los curas la perdonaron su fraile. Poseía pocos bienes que legaba ruidosamente á una comunidad religiosa. Era por lo tanto muy bien vista en el obispado de Arras. Esta madama Victurnien fué pues á Montfermeil y volvió diciendo: He visto á la niña.

Para todo esto se necesitó algun tiempo; Fantina había ya trabajado, más de un año, en la fábrica, cuando una mañana la entregó la celadora del taller, de parte del señor alcalde corregidor, cincuenta francos, diciéndola que ya no formaba parte de dicho taller, é invitándola, en nombre del mismo señor alcalde, á abandonar el país.

Sucedía esto precisamente en aquel mismo mes que los Thénardier, despues de haber pedido doce francos en vez de siete, acababan de exigir quince francos en lugar de doce.

Fantina se halló aterrada. Veíase en la imposibilidad de abandonar el país porque debía su alquiler y sus muebles. Cincuenta francos alcanzaban á pagar estas deudas. Pronunció balbuciente algunas palabras suplicantes, á las cuales contestó la celadora significándola que saliera cuanto ántes de la fábrica. Por lo demas, Fantina era una obrera bastante mediana. Abrumada más aún de vergüenza que de desesperacion, salió del taller y se volvió á su cuarto. ¡Así, pues, todo el mundo conocía ya su falta!

Ya no se sentía con fuerzas para pronunciar una palabra. Aconsejéronla que fuese á hablar al alcalde; pero no se atrevió. El alcalde la daba cincuenta francos, porque era bueno, y la expulsaba, porque era justo. Doblegóse pues bajo este fallo.

## TRIUNFOS DE MADAMA VICTURNIEN

Vese, pues, que la viuda del fraile fué buena para algo.

Por lo demas, el señor Magdalena no había sabido nada de todo esto. Era una de esas combinaciones de sucesos de que la vida está llena. El señor Magdalena tenía por costumbre el no entrar casi nunca en el taller de las mujeres.

Había puesto al frente de aquel taller á una anciana solterona que le recomendó el cura, y tenía depositada toda su confianza en aquella celadora, persona verdaderamente respetable, firme, equitativa, íntegra, adornada de la caridad que consiste en dar, pero que no poseía en el mismo grado la caridad que consiste en comprender y en perdonar. El señor Magdalena descansaba en esta confianza, y para todo lo concerniente al taller de mujeres se refería á su celadora. Los hombres más buenos se ven de ordinario forzados á delegar su autoridad. Con esta plenitud de poder, y con

la convicción de que obraba bien, fué como la celadora instruyó el proceso, juzgó, condenó y ejecutó á Fantina.

Por lo que hace á los cincuenta francos, los habia dado de los fondos que el señor Magdalena la confiaba para limosnas y socorros á las obreras, fondos de los cuales no daba ella cuenta.

Fantina fué á ofrecer sus servicios como criada en el pueblo, dirigiéndose de casa en casa; pero nadie quiso recibirla. Entre tanto, no habia podido salir de la poblacion. El prendero á quien ella debia sus muebles, ¡y qué muebles! le habia dicho: Si usted se marcha, la haré meter en la cárcel por ladrona. El casero á quien debia su alquiler la habia tenido este lenguaje: Usted es jóven y bonita, por consiguiente puede pagar. Distribuyó los cincuenta francos entre el casero y el prendero, devolvió á este las tres cuartas partes de su mueblaje, no conservando sino lo estrictamente necesario, y se encontró sin trabajo, sin oficio, sin poseer otra cosa que su cama, y debiendo aún unos cien francos.

Se puso á coser camisas ordinarias para los soldados de la guarnición, con lo cual ganaba doce sueldos diarios. Su hija le costaba diez. Entónces fué cuando ya empezó á pagar mal á los Thénardier.

Sin embargo, una vieja que le encendia su vela de sebo cuando entraba de noche en casa, la enseñó el arte de vivir en la miseria. Más allá del vivir con poco está el vivir con nada. Son dos cámaras; la primera es oscura, la segunda negra.

Fantina aprendió cómo se puede pasar enteramente sin lumbre en invierno, cómo se renuncia á un pájaro que come un ochavo de alpiste en dos dias; cómo se hace de las enaguas colcha de cama y de la colcha de cama enaguas; cómo se economiza el aceite ó la vela de sebo comiendo á la luz que se recibe de la ventana de enfrente. Parece increíble

todo el partido que ciertos seres débiles, que han envejecido en la desnudez y en la honradez, saben sacar de un sueldo. Esto concluye por constituir un talento especial. Fantina adquirió este sublime talento, y recobró un poco de ánimo.

En esta época decia ella á una vecina: — ¡Bah! yo digo para mí, que no durmiendo sino cinco horas, y trabajando todo el resto del tiempo en mis costuras, siempre lograré casi ganar el pan. Y luégo, cuando una está triste, come ménos. ¡Y bien! sufrimientos, inquietudes, un poco de pan por un lado, y muchas penas por otro, todo esto me alimentará.

En tal abandono y en tales angustias, tener consigo á su hija habria sido para ella una dicha extraña. Pensó hacerla venir. Pero qué! ¡hacerla participar de su desnudez, de su miseria! y ademas, ella debia á los Thénardier! ¿Cómo era posible pagarles? y el viaje! ¿cómo costearle también?

La vieja que le habia dado lo que pudiera llamarse lecciones de vida indigente, era una santa mujer llamada Margarita, devota de la buena devoción, pobre, y caritativa para los pobres, y aún para los ricos, que sabia á lo justo escribir bastante bien para firmarse *Marjarita*, y creia en Dios, que es la verdadera ciencia.

Hay muchas de estas virtudes en las bajas regiones de la sociedad; algun dia estarán en las altas. Esta vida tiene un mañana.

En los primeros tiempos se encontró Fantina tan avergonzada que no se habia atrevido á salir.

Cuando iba por la calle, adivinaba ella que las gentes volvian cara atras y que la señalaban con el dedo: todo el mundo la miraba, y nadie la saludaba; el desprecio acre y frío de cuantos pasaban la penetraba en sus carnes y en su alma como un cierzo.

En las poblaciones pequeñas, parece que una desgraciada ha de hallarse como al desnudo y en desamparo im-



placable, bajo el sarcasmo y la curiosidad de todo el mundo. En París, á lo ménos nadie os conoce, y esta misma oscuridad os sirve de vestido. ¡ Ah! ¡ cuánto habria ella deseado venir á París! imposible.

Forzoso le fué acostumbrarse á la desconsideracion como se habia acostumbrado á la indigencia. Insensiblemente llegó al fin á conformarse. Á los dos ó tres meses, sacudió la vergüenza, y salia ya á la calle como si nada hubiera sucedido. ¡ Qué importa! me es igual, decia.

Iba y venia por todas partes, con la cabeza erguida, y una amarga sonrisa en los labios, apercibiéndose de que se iba haciendo descarada.

Madama Victornien la veía algunas veces pasar desde su ventana, y observaba la miseria de « aquella criatura », gracias á ella, « repuesta en el lugar que la correspondia, » y se felicitaba de ello. Los malvados tienen tambien su dicha... negra.

El exceso de trabajo agotaba las fuerzas de Fantina, y la tosecita seca que tenia fué en aumento. Á veces solia decir á su vecina Margarita: — Tiente usted y verá qué calientes tengo las manos.

Sin embargo, por las mañanas, cuando desenredaba con un peine viejo y roto su hermosa cabellera rubia que ondeaba como seda floja, todavia disfrutaba ella unos instantes de dichosa coqueteria.

## X

## CONTINÚA EL TRIU

Habia sido despedida á fines de invierno, pasó el verano, pero el invierno volvió á presentarse de nuevo. Dias cortos, ménos trabajo. En el invierno, ni hay calor, ni hay luz, ni hay mediodia, pues la mañana y la noche se tocan; nieblas, crepúsculos, la ventana pardea, y no se ve nunca claro. El cielo es una débil lumbrera. Todo el dia es una cueva. El sol parece un mendigo. ¡ Horrible estacion! El invierno convierte en piedra el agua del cielo y el corazon del hombre. Sus acreedores la hostigaban.

Fantina ganaba demasiado poco; y sus deudas habian aumentado. Los Thénardier, mal pagados, la escribian á menudo cartas cuyo contenido la desconsolaba y cuyos portes la arruinaban. Un dia la escribieron que su hija Coseta estaba enteramente desnuda, con los frios que ha-

cian entónces, que por consiguiente necesitaba una falda de lana, y que para esto era menester que la madre enviara á lo ménos diez francos. Recibió esta carta, y no la abandonó en todo el dia, llevándola apretada en sus manos. Aquella noche entró en casa de un barbero que habitaba en la esquina inmediata. deshizo su peinado. Su admirable cabellera rubia cayó hasta los talones.

— ¡ Hermoso pelo ! exclamó el barbero.

— ¿ Cuánto me daría usted por él ? preguntó ella.

— Diez francos.

— Córtete usted.

Compró una falda de lana tejida á punto de média, y la envió á los Thénardier.

Esta falda puso á los Thénardier furiosos. Lo que ellos querían era dinero. Dieron la falda á Eponina; y la pobre Calandria continuó tiritando.

Fantina dijo entónces para sí : — Mi niña no tiene ya frío. La he abrigado con mi pelo. — Y se ponía papalinitas redondas, que ocultaban su cabeza rapada, y con las cuales estaba todavía bastante linda.

Un trabajo tenebroso iba opérandose en el corazón de Fantina.

Cuando vió que ya no podía peínarse, empezó á tomar odio á todo cuanto la rodeaba. Durante mucho tiempo, habia ella participado de la veneracion de todos los demas para con el tío Magdalena; sin embargo, á fuerza de repetirse que él era quien la habia expulsado de la fábrica, que era la causa de su desgracia, acabó por aborrecerle á él tambien, á él sobre todo. Cuando pasaba por delante de la fábrica en las horas en que los obreros están á la puerta, afectaba reír y se ponía á cantar.

Cierta obrera vieja que la vió una vez cantando y riendo de esta manera, dijo : — Hé ahí una muchacha que concluirá mal.

Tomó un amante, el primero que se presentó, un nombre á quien ella no amaba, por fanfarronada, con la rabia en el corazón. Era un miserable, una especie de músico mendigo, un tunante ocioso, que la daba de palos, y que la abandonó como la habia tomado, con displicencia y hastio.

Ella sólo adoraba á su hija

Cuanto más descendía, cuanto más sombrío se le representaba todo en derredor suyo, tanto más radiaba en el fondo de su alma aquel amable y tierno angelito. Y decia : — Cuando sea yo rica, tendré conmigo á mi Coseta; y se echaba á reír. La tos no la abandonaba nunca, y tenia sudores en la espalda.

Un dia recibió de los Thénardier una carta concebida en estos términos : « Coseta está enferma, de una enfermedad que reina en el país, y que llaman la fiebre miliar. Se necesitan medicamentos caros. Esto nos arruina » y no podemos pagarlo ya. Si no nos envía usted cuarenta francos ántes de ocho dias, la chica morirá sin remedio. »

Al leer esta carta, se echó ella á reír á carcajadas, y dijo á la vieja su vecina : — ¡ Ah ! ¡ bueno está ! ¡ cuarenta francos ! ¡ qué es eso ! ¡ eso hace dos napoleones ! ¿ Dónde quieren que los tome ? ¡ qué tontos son esos campesinos !

Entre tanto se dirigió á la escalera, y junto á un ventanillo volvió á leer la carta.

En seguida, bajó á la calle y salió corriendo y saltando, sin dejar de reír siempre.

Una persona que la halló así la dijo : — ¿ Pero qué tiene usted que está tan alegre ?

Y respondió : Es por la simpleza que acaban de escribirme unas gentes del campo. Pues ¡ no me piden cuarenta francos ! ¡ Bah ! ¡ al fin campesinos !

casando por la plaza, vió que un gran grupo de gente rodeaba un carruaje de forma estrambótica, sobre cuya imperial estaba perorando un hombre vestido de encarnado. Era un dentista ambulante, un charlatan que ofrecía al público dentaduras completas, polvos, opiatas y elixir

Fantina se introdujo en el grupo y se puso á reír como todos los demas de aquella arenga en que habia una mescolanza de germania ó de caló para la canalla, y de medicina jerga para las personas decentes. El sacamuélas vió aquella linda muchacha que estaba riendo, y dijo al instante:

— Bonitos dientes tiene la moza aquella que rie allí! Si quiere usted venderme sus dos paletas, le doy por cada una un napoleon de oro.

— ¿Qué quiere decir eso de las dos paletas? preguntó Fantina.

— Las paletas, repuso el profesor dentista, son los dientes delanteros, los dos de arriba.

— ¡Qué horror! exclamó Fantina.

— ¡Dos napoleones! refunfuñó una vieja desdentada que se hallaba en el grupo. ¡Vaya una mujer dichosa!

Fantina huyó y se tapó los oídos para no sufrir la voz ronca de aquel hombre que le gritaba: — ¡Piénselo usted bien, hermosa! ¡dos napoleones no son un grano de anís! Si usted se decide, vaya esta noche á la posada del *Tillac d'argent*, y allí me encontrará.

Fantina entró en su cuarto, estaba furiosa, y refirió la aventura á su buena vecina Margarita: — ¿Comprende usted esto? ¿ha visto usted un hombre más endemoniado? ¿cómo dejan á talés gentes ir por el país de esa manera! ¡arrancarme mis dos dientes delanteros! pero si quedaria horrible! ¡el pelo, al fin crece, pero los dientes! ¡Ah! ¡qué monstruo de hombre! ¡preferiria arrojarme de cabeza al suelo desde un quinto piso! Me ha dicho que esta noche estará en el *Tillac d'argent*.

— ¿Y qué es lo que ofrecia? preguntó Margarita.

— Dos napoleones.

— Eso hace, justo, cuarenta francos.

— Sí, dijo Fantina, eso hace cuarenta francos.

Quedó pensativa, y se puso á trabajar. Al cabo de un cuarto de hora, abandonó su costura y se fué á leer de nuevo la carta de los Thénardier en la escalera.

Al volverse al cuarto, dijo á Margarita, que estaba bajando junto á ella:

— ¿Qué es eso de fiebre miliar? ¿sabe usted lo que es?

— Sí, respondió la anciana, es una enfermedad

— ¿Eso necesitará muchas drogas?

— ¡Oh! drogas terribles.

— ¿Dónde se toma esa enfermedad?

— Es una enfermedad que viene... así... como las otras.

— ¿Ataca eso á los niños?

— ¡Ah! sí, á los niños sobre todo.

— ¿Y suelen morir de ella?

— ¡Ya lo creo! dijo Margarita.

Fantina salió y fué á leer otra vez la carta en la escalera.

Aquella noche bajó á la calle, y la vieron dirigirse hácia la de París, donde están las posadas.

Á la mañana siguiente, como Margarita entrase en el cuarto de Fantina ántes de amanecer, pues trabajaban siempre juntas, y así no alumbraban sino una sola vela para las dos, encontró á Fantina sentada sobre su cama, pálida y helada. No se habia acostado. Su gorra habia caído sobre sus rodillas. La vela de sebo habia estado ardiendo toda la noche, y se hallaba casi enteramente consumida.

Margarita se detuvo á la puerta, petrificada de ver aquel gran desórden, y exclamó:

— ¡Jesus! ¡toda la vela ha ardidido! aquí ha pasado algo extraordinario.

En seguida miró á Fantina que volvía hácia ella su cabeza rasa.

Fantina, desde la víspera, había envejecido diez años.

— ¡Dios mio! dijo Margarita, ¿Fantina, qué es lo que usted tiene?

— No tengo nada, respondió Fantina. Al contrario. Mi niña no morirá de esa horrible enfermedad, por falta de socorro. Ya estoy contenta.

Y diciendo esto, enseñaba á la anciana dos napoleones que brillaban sobre la mesa.

— ¡Ay! ¡Jesus mio! dijo Margarita; ¡pero si eso es una fortuna! ¿de dónde le han venido á usted esos luises de oro?

— Los he tenido, respondió Fantina.

Y al mismo tiempo sonreía. La vela alumbraba su rostro. Su sonrisa era sangrienta. Una saliva rojiza manchaba las extremidades de sus labios, y tenía un agujero negro en la boca.

Los dos dientes habían sido arrancados.

Envió los cuarenta francos á Montfermeil.

Por lo demas, todo había sido un ardid de los Thénardier para sacar dinero. Coseta no estaba enferma.

Fantina arrojó su espejo por la ventana. Hacía ya mucho tiempo que ella había dejado su cuartito del segundo piso por una guardilla cerrada solamente con una aldaba, junto al tejado; uno de esos tabucos cuyo techo inclinado forma ángulo con el suelo, y os hace 'ropezar á cada instante con la cabeza. El pobre no puede ir al fondo de su habitación como al fondo de su destino sino plegándose cada vez más. Ya no tenía cama, quedándole sólo un pinjajo, al cual daba ella el nombre de cubierta, un colchon en el suelo y una silla sin asiento, por habersele caído la

paja. Un rosalito que tenía se había secado, olvidado en un rincón. En el otro rincón había un puchero de manteca sirviendo para el agua, que se helaba en el invierno, permaneciendo largo tiempo los diferentes niveles del agua marcados en el interior con círculos de hielo. Como había perdido la vergüenza, perdió también la coquetería. Último signo. Salía con papalinas sucias. Ora fuese por falta de tiempo, ó bien por indiferencia, ya no cosía nunca su ropa. Segun que se iba usando los talones de sus medias, iba introduciendo toda la parte rota dentro de los zapatos; lo que se conocía desde luégo por ciertos pliegues perpendiculares que se formaban en las medias. Remendaba su corsé viejo y usado con pedazos de india que se rompían al menor movimiento. Las gentes á quienes ella debía, venían á alborotar y á insultarla, sin dejarle nunca descanso alguno. Á veces los encontraba en la calle, y despues los volvía á hallar en su escalera. Pasaba las noches llorando y soñando. Tenía los ojos muy brillantes, y sentía un dolor fijo en la espalda, hácia la parte superior del omoplato izquierdo. Tosía mucho. Aborrecía profundamente al tío Magdalena, y no se quejaba. Cosía diez y siete horas por día; pero un empresario de los artefactos de las prisiones, que hacía trabajar con rebaja á las mujeres presas hizo de repente bajar los precios, lo que redujo el jornal de las obreras á nueve sueldos. ¡Diez y siete horas de trabajo y nueve sueldos por día! Sus acreedores eran más desapiadados que nunca. El prendero, que había recogido casi todos los muebles, la decía sin cesar: — ¿Cuándo me pagarás tú, bribona? ¡Qué querían de ella, gran Dios! Sentíase acosada, y se iba desarrollando en ella algo de la bestia montaraz. Por este tiempo, volvió Thénardier á escribirla diciéndola que verdaderamente había él esperado con demasiada bondad, y que necesitaba cien francos, al